

Mia Magia

Lina Ru

Mia Magia

66220, México

www.linaru.org

D.R. © 2006 Lina Ru

© Portada Diseñada por Lina Ru con
Pinceles de Photoshop creados por Stephanie Shimerdla.
<http://www.brushes.obsidiandawn.com/>

Primera edición: noviembre 2006

Esta obra está publicada bajo una Atribución-No Comercial-Sin Derivadas
2.5 de Creative Commons. Para ver una copia de esta licencia, visite
<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/>.

Dedicado

...Pako A...

y

...Checolux...

1

Me comentaron que tendría que contarles una historia de vida, donde las palabras cayeran de mi voz y convirtiera en un libro que suave diluiría todas las vivencias en una. Esa vida es el recuerdo, aquello que no estoy segura de que sucedió, pero mi fe la mantiene ahí.

¿Quién fui? La tristeza es dura, cuando no se siente en las venas el calor del amor. Aún así, en enero, viene el verano, el calor nunca se traducirá en dolor, sino en valor de ser lo que la mente profesa y el corazón palpita. ¿Me sucedió? ¿Encontré lo que sentí existir? ¿Alguna vez lo sabré? Esta mujer, en mi mente, me tatúa su nombre. Me hace taladrar las palabras en las paredes de mi suspiros que hacen frente a la voz que pudiera herirme cuando me doy cuenta de lo que creo ser realidad. ¿Cómo estar seguro? Si lo que percibo puede ser un invento de mi mente o un hecho contundente lleno de claridad en mi pensamiento. No lo sé y por eso, tendré que vivir para contar la historia de una vida.

El tiempo nos fue alcanzando y lo que se fue forjando fueron los relatos de su vida que empezaron a asecharme. Lo sé, debo relatar esto

antes de morir. ¿Por qué la muerte está rondando por aquí?

La ráfaga de viento que envolvió mi pelo me soltó una mirada hacia el cielo que rojizo me impartía una lección para nunca hablar sin entender que cada silbido de mi ser haría que algo sucediera en este mágico entorno que me circundaba. Sin importar, si muero o sigo vivo les contaré lo que les pasó....

Hacia un año, estaba en un cuarto, sentado esperando a que llegara el guía para mostrarnos la ciudad. Estaba completamente feliz por haber tenido la oportunidad de viajar hasta acá. Había creído que sólo llegaría a conocer Estados Unidos y Canadá. Entonces, la vi. Era ella. Estaba seguro.

Tenía un pelo negro profundo con unos ojos color grisáceo, me sentí estupefacto al verla. Su forma enérgica de mover los brazos para explicar algo me cautivó, mientras decía:

— ¡Es que no entiendes! ¡Nunca lo entenderías! No sabes que se siente estar del otro lado. Ser el violado, y no el violador. ¡Jamás debes ser corrupto! No entiendes que eso lastima más de lo que crees puede dar.

Un hombre un poco más alto que ella, de pelo café y ojos del mismo color que ella. la miraba con angustia y al mismo tiempo coraje decía:

—¡Vamos, que puede lastimar darle unos pesos de un tipo que necesita ayuda!

—¡Ayuda! A eso le llamas ayuda... Claro, sobre todo eso.—Después de hablar, se veía como ella levantaba su mano izquierda y se cubría la gran parte de su maxilar inferior con los dedos alcanzando a tocar sus labios.

El hombre parecía tener perdida la cabeza y ella sabía como hacerlo porque él seguía discutiendo:

—En este país, sin tranzas no avanzas. ¿No haz oído el dicho? Y todos los dichos populares tienen una razón real de ser.

—Vaya que sí, eh. Tú avanzas pagándole al juez una fuerte suma, así como al abogado. ¿Crees que eso es avance?

—No, el avance viene después... Con lo que obtienes.

—Sabes que no tengo más ganas de hablar contigo.

Se oyó una carcajada irónica del hombre y luego dice:

—Ya vez como tengo razón.

—No la tienes, pero no escuchas. Por eso, no quiero seguir hablando en vano. Estás ciego. No piensas en los problemas al seguir viviendo en ilegalidad. Tampoco, en la gente cuyos bienes son

despojados por sobornos en la calle. Los criminales que liberan con tranzas, tiempo después a ti te hacen lo mismo que le hicieron a otros. Se enterarán del dinero que diste y sabrán que eres un buen prospecto para secuestrar. Y no lo dudarán, si tienes dinero o aunque lo aparentes. ¡No entiendo que te pasa! Es más, vive así y espera a que este país se acabe por la inseguridad social, política y financiera. Porque así como tu prefieres vivir harás de este lugar una porquería. Así como lo oyes, un país sucio y manchada de sangre inocente. ¡No te basta el pasado, quieres un futuro que dé asco! No sé como no te importa matar a los demás y es que la muerte no del cuerpo solamente, sino del alma. Este país esta muriendo del alma, ya no tiene ganas de seguir creyendo en sus falsas promesas. Eso mata más que una guerra, matará generaciones, si no se para a tiempo. Haz lo que quieras, pero mi alma no quiere morir. —Estaba ella con los ojos medios eufóricos hablando cada vez más fuerte hasta gritar— Lucharé, me oyes. ¡Lucharé aunque mi cuerpo muera si es necesario, para no matar mi alma, nuestra alma! ¿Por qué no puedes ver que al hacerle daño al otro, te haces daño a ti mismo?

Le volteó la cara y empezó a caminar hacia la puerta. No me importó el tour, tenía que saber porqué se descontroló tanto hablando de ese tema si al parecer es muy común. Él no respondió y solo

alcancé a ver al hombre con la cara baja e inmóvil. No dudé, ni un segundo, en correr detrás de ella.

La alcancé y le grité:

— ¡Espera! ¿Estás enojada?

— ¿Yo? No.

— Pero, estabas gritándole a aquel hombre. ¿Te hizo algo?

— No. No. — dijo moviendo la cabeza en forma de negación.

— Entonces, ¿Qué pasa? ¿Lo conocías? — dije, obviamente, para disimular el motivo para comenzar a platicar con ella. No podía ser demasiado atacador, puesto no quería mostrar ni el más mínimo ligero interés. Siempre ha sido así, una vez se da cuenta le interesas, te saca de su vida.

— ¡Claro! No te preocupes. — Me contestó.

— ¿Por qué te irritó tanto?

— ¿Ahora, te gusta meterte en asuntos ajenos?

No pude contener la risa, y le dije sonriendo:

— ¿Cómo supiste? Esa es mi especialidad. Soy periodista.

— ¡Vaya! Entonces, me declaro oficialmente adivina. Tendré que ir a legalizar mi certificado en la oficina burocrática de magos. — dijo con una sonrisa enorme y alzando la voz sarcásticamente —

Pero, probablemente no me lo den nunca con tanto proceso inútil.

Se había roto el hielo, los dos estábamos riendo y disfrutando ese momento único. Quizá por cuestiones de la casualidad, terminé escuchando esa voz penetrar mi mente

– ¿A dónde vas? – le dije.

– Pues, no sigas necio con eso. No soy fácil. ¡Eh! – Dijo guiñando el ojo con una mirada coqueta y sutil sonrisa.

–Entonces, ¿Si eres?– dije tratando de ponerla nerviosa directo a los ojos.

– ¡Grosero! – Oí decir mientras volteaba su cara hacia la salida. Lo sabía, lo había logrado. Su cuerpo hablaba más que todas las palabras inventadas en esta tierra.

– ¿Qué te pasa? ¿Por qué grosero? No te dije nada. ¿Qué andas pensando?

No tuvo más palabras y me dijo:

– ¿Qué buscas saber? ¡Ah! Espera. Me tienes que invitar a comer, pero ahora no puede ser. Tengo cosas que hacer, pero luego será. – hizo una pausa un poco larga mientras reía diciendo– En tus sueños.

2

Lo tenía, ella sentía atracción. La manera en que se logra pareciera misteriosa, pero no ya que es un proceso casi metodológico para atraer. Quienes lo conocen se les suele llamar, populares o quizá hasta mujeriegos. Probablemente, lo sean y si no, saben que pueden. Esto no excluye a las mujeres, puesto ellas también lo pueden hacer. La pregunta es: ¿Cómo?

El problema comienza cuando una mujer trata de ser conquistada por un hombre que le besa los pies. La mujer sabe que a ella, él le conviene, pero no siente atracción hacia él. Todo esto sucede a niveles concientes e inconcientes.

Entonces, lo más común es que una mujer lo acepte porque sabe que él es un amor y daría todo por ella. Puede que por el contrario, quedarse con un hombre porque siente mucha atracción sin importarle que el hombre no sea lo que ella requiere para mantener una vida estable, es decir, le gusta ser picaflor.

Un hombre por el contrario, busca una mujer concientemente que sea adecuada para cuidar sus hijos, pero desea a la mujer imposible. Aquella con

laureles y hombres adorándola aunque ella pudiese ser infiel. El problema es que se nos ha enseñado que esa condición de sumisos es lo que nos va a hacer conquistar a la persona de nuestros sueños.

Me tardé un buen tiempo en entender que esos patrones era simplemente eso, nada más.

Ahora, veía como una cosa el no dejarse caer en los juegos de las mujeres donde te prueban hasta donde te dejes, es decir tenerme y tenerle respeto, y otra cosa era el patrón.

Cuando uno crece más que el otro, empieza a perderse la comunicación y todo se vuelve monótono. Cosa que podría no ser, pero una vida sin amor profundo... Es una vida vacía.

Total, ella tomó su bolso y sacó una hoja de papel, y escribió algo. Una vez terminado me dijo:

—Aquí está mi teléfono con mi correo electrónico, y en éste, no hay nada. Ahora, yo no creo en el destino, ni casualidades sólo creo en causalidades. Por eso, te daré solo uno de estos papeles. Sin importar, si es cuestión del destino hablar o no, la consecuencias las elijo yo. Y te daré la opción de ser parte de ella. Así que toma uno.

No tenía mucha opción. Así que tomé el papel de su lado izquierdo. Y antes de que la abriera me dijo:

—No lo abras. Me voy a marchar. Una vez que no este presente te darás cuenta si está destinado o causado el hecho de hablar conmigo alguna otra vez.

Ella era de esas niñas, las que conquistan hasta lo más fondo de tu alma porque sabía jugar y no sólo eso, con su mirada mataba de amor.

No lo quería admitir, pero empezaba a torturarme el pensamiento. Me estaba condenando a mi mismo simplemente al seguir hablándole. Lo sabía, y cómo me estaba gustando dejarme entretejer por su coqueteo sutil.

Ese podía ser el último día en que la vería. Posiblemente pude detenme y dejar de hablarle antes de escucharla a través de sus ojos, pero no lo hice porque había algo más que me llamaba a ella. Nunca sabré que fue. Me quedé estupefacto mientras la veía marcharse.

Trataba de usar mis fuerzas para alcanzarla, pero lo único que hice fue abrir el papel doblado para ver que estaba en blanco.

No podía ser. La estaba perdiendo sin conocerla, es parecido a un sueño sin principio o final ya que está condenado al olvido.

3

Corrí para alcanzarla, noté como tenía el paso acelerado y le grite:

—¿Acaso los dos papeles estaban en blanco? Se paró y me miró a los ojos mientras sentía como me desnudaba con la mirada diciendo:

—Aunque fuera así, nada sería diferente. ¿Cómo puedes tú pensar que conocerte cambiaría mi vida? Nada lo hace, ya está lo suficientemente perdida entre los calles de la realidad e irrealidad. Sí, probablemente no me entiendes. No me importa. —Escribió en el libro que traía algo y corrió hacia la esquina más cercana completando la frase — Si este libro es tuyo, él te lo dirá.

Vi como lo abrió, se detuvo un rato mientras lo leía y dejó caer el libro al suelo. En eso, sólo la vi correr hacia el lado contrario al que yo me encontraba. Decidí dejarla ir, ya no podía hacer algo.

Me quedé firme con la esperanza en un libro poco viejo. Sabía que tendría que irme en un mes, pero me interesaba de manera muy peculiar eso que le dijo al hombre. Caminé y cuándo lo vi, no

había nada en esas páginas, era un libro de poesía.
Sobre esas hojas está un poema que decía así:

*Te amo tanto que no puedes ser para mí,
es así de cruel, es destino de esta piel,
porque sabes que te amo tanto,
te dedico este papel.*

*Te amo tanto que nunca te dejaré
que me lleves al sin fin de tu ayer,
es así mi delirio, por no ser la ancla de tu
amanecer,
porque tanto me perdí al amarte.*

*Te amo tanto que no lo sabrás por mí,
es así de absurdo este reloj,
porque si no te amara tanto,
mío serías hasta morir.*

*Te amo tanto que no puedes ser para mí,
recuerdo a los criminales de mi llanto,
nunca serás de esos, porque es tanto mi amor por
ti
que tengo mi piel marcado el atardecer,
aquel que no verás al amarte tanto.*

*Te amo tanto
que en esta despedida
nunca sabrás lo tanto
que te amé, amor.*

*Y se despidió el tiempo
porque tanto te amé
que no podías ser para mí
que para mí, libertad es amar.*

*Y cuando me olvides, seguiré amando
que tanto te amé, fue tanto
que nunca sabrás lo tanto
que te amé, amor.*

Tomé el libro y no quería buscar aún lo que había escrito por temor a tener que reconocer la primera excepción a mis teorías sobre el amor. No sabía si algo significaba haber encontrado el libro abierto en esa página o ella lo había dejado así para mí.

Lo único que pude hacer es tomar el libro entre mi brazo y mi costado. Regresé al lugar en donde la había conocido. El hombre seguía ahí.

Estaba sentado con las manos en la cara. Se notaba la muchacha lo había dejado pensando y quizá, algo mortificado. Aún no había gente para comenzar el tour por la ciudad. Todo esto comenzaba a verse sospechoso, la hora en la cual comenzaría el tour, ya había pasado. Por lo mismo, decidí interrumpir al hombre:

– ¿Estás aquí por el tour?

Se quedó callado unos segundos y terminó diciéndome:

– Yo soy el guía, pero al parecer nadie vino.

– Mejor la dejamos así. No te veo muy bien. Adiós. – le decía mientras me marchaba del lugar.

Me fui caminando, decidí no tomar un taxi para ver el país más de cerca. Estaba en el centro de la ciudad, un poco sucia y antigua, llena de cierta magia que las personas manifestaban caminando por el parque central “El Zócalo”.

Los niños estaban jugando alrededor de las estatuas que se adornaban con agua, ya verde por los sedimentos. Me acerqué a ellos, estaban peleando juguetonamente por unas cartas de un personaje caricaturesco.

Me preguntaba: « ¿Cómo llega a ser una cultura tan diferente, siendo la base tan igual? Los niños juegan y personas se aman. Todo eso es igual en todos los rincones, pero ciertas creencias y eventos cambian toda su perspectiva de la vida.

Como esa mujer me había logrado estremecer el corazón con lo que le gritó a ese hombre. »

Y recordé que tenía su libro entre mis manos. ¿Cómo saber dónde encontrarla? Recordé la poesía, quizá eso era una pista. Me puse a hojear el libro hasta volver a encontrar el poema. Lo leí otra vez, y no encontraba nada interesante.

Lo cerré, ya hartó.

Y de pronto, no se cómo, el libro se me cayó de las manos y se abrió exactamente en la misma hoja. Sentía un coraje por lo poder entender el mensaje, si acaso había alguno.

Probablemente estaba haciéndome ilusiones en vano. ¿Por qué dejaría ella algo escrito para decirme dónde encontrarla? No tenía razón. Mis ojos se sentían un poco húmedos, aún no lloraba.

¡Estoy loco! ¡Cómo si no conocerla pudiera hacerme sentir tristeza! ¡Ah! Si debe haber miles como ella.

Puedo tener a cualquier mujer, pero... Ella. ¿Por qué? ¿Por qué ella? Estaba siendo víctima con lo mismo que sabía sobre la atracción.

Deslicé mis manos sobre mi cara hasta que mis manos tocaran totalmente mi pelo. Estaba perdido por una mujer que no conocía.

4

Mujeres físicamente hermosas, alguna vez, habían sido conquistadas sin tanto furor y además, en aquellos momentos de mi vida, no me interesaba tener un lazo emocional.

Curiosamente, en una página anterior a ese poema había un dibujo hermoso:

Cayendo de una luna color azul claro, unas flores blancas, tulipanes y detrás un arenoso color crema rodeándolos. Recordé el lugar donde la vi discutiendo, había un florero lleno de tulipanes; rara probable coincidencia.

Volví a hojear el libro, y noté que las poesías narraban una historia. Parecía una historia de amor, pero estaba confundido con sus metáforas y los dibujos en las páginas nones. Pero si alcancé a notar que no tenía una editorial respaldando su libro.

El título del libro: "*Lunazul*" me hizo pensar en ella, y de pronto creí encontrar la clave.

¿Y si fuera ella, la autora del libro? No quería indagar más en el asunto, pero sentía que debía.

En eso, supuse podría ir al lugar para averiguar quién era ella. ¿Cómo lograría ella

hechizar mi alma? Recordé que ella escribió algo en el libro, pero no encontraba nada escrito a mano.

La dirección de la imprenta estaba cerca, comencé a buscar el lugar y cuando llegué, vino a mí el susto.

Noté que era una casa. Probablemente, ella había hecho la impresión manualmente. Toqué la puerta y pregunté por la autora del libro y me dijeron que no sabían nada de ella. Sólo podría decirme donde estaba el guardia del estacionamiento porque ella solía platicar mucho con él.

—Este lugar es una casa—pregunté, asomándome ligeramente hacia adentro.

—No, es un local que supervisa la imprenta. La matriz de la imprenta se encuentra a la orilla de la parte norte en la ciudad de Asalto.

—Muchas gracias. ¿Es él?—dije apuntando a un área de recepción de carros y a lo lejos se veían unos carros modernos.

—Si. Ve y pregúntale.

—Gracias, adiós.— le dije al despedirme de ella y caminar hacia el guardia. Me tomó unos tres minutos encontrara a un hombre vestido de guardia. Comencé preguntándole como estaba él.

—No tan bien.— me contestó.

—¿Porqué?

—Hace poco me quitaron mi casa. Yo no sabía que había un juicio. Iba con un abogado y el me decía que no había problemas. Fue aquel señor prestamista el que me robó, por cuarenta y cinco mil pesos me quitaron mi casa. No faltaba a los pagos, le pagué cada centavo. Y yo, por...— se quedó callado, podía ver como le salían lágrimas— ¡Perdí todo lo que gané con tantos años de sacrificio! Pero “mi abogado” junto el prestamista me engañaron. Me dijeron que no tenía que recibir nada del prestamista. A mis espaldas, se desarrolló un juicio y el día dos de noviembre de este año llegaron a mi casa con policías para desalojarme. ¿Puedes imaginarte que se sintió? Fue lo peor, mis vecinos se enteraron del desalojo y vieron a los otros policías empujando a mis niños con violencia. ¡Como si yo fuera un criminal! Mi único pecado fue la ignorancia, y la pagué tan caro.

Sólo vi como le brotaban lágrimas a un hombre alto, y varonil. A pesar, me impresionaba su porte de fortaleza; quizá alguna vez fue militar.

—¿Y aún, no puede hacer nada en contra de él?

—Dígame, señor, ¿cómo? No tengo dinero para pagarles a los abogados, ni tengo conocimiento de leyes. Si apenas terminé segundo de secundaria y me tuve que salir a trabajar a la

calle. Mi papá murió en un accidente en la fábrica, quedando mi mamá viuda, y obviamente, sin dinero. Este abogado era un conocido y pensé que eso me ayudaría. Pero no, era un negocio para él.

Estaba estático, no podía decir nada escuchando tales atrocidades. Cuando la escuché a ella, pensé que era algo insólito en este país, ahora voy viendo que no.

—Sabe, hoy me topé a una chica. Ella estaba diciendo cosas sobre la corrupción y me quedé impresionado como ahora me ve de lo que sucede en este país. Quise seguir hablando con ella para que me contara más sobre su caso, y de pronto soltó un poemario y salió corriendo. ¿Usted conoce a la autora de este libro?

—Sí, la conozco. Es una chica joven, bella e hiperactiva. Siempre tiene cosas que hacer, pero nunca olvida saludarme. Daría mi vida por ella, una vez, estando yo bastante deprimido, al punto de suicidarme, me dijo ciertas frases que recuerdo a la perfección:

«No pierdas la fe. Aunque te quiten todo, tendrás más que ellos. Tienes tu consciencia tranquila y la capacidad de lograr tus sueños con un esfuerzo legítimo. Y no sólo eso, tienes un corazón tan grande que puedes estar en paz lleno de ese amor que irradias. Y tú, con esa casa, lograste la satisfacción de lograr tus fantasías. Todo

tiene un propósito que al final nos lleva al amor. Y si te lo propones, tendrás otra. Eso vale más que el oro, y por eso brillas más que el todos los diamante.»

– Esa es la mujer que busco. Estoy seguro.

– Claro que estás seguro. Yo también lo estaría. ¿Pero, exactamente para que la quieres encontrar? – Me preguntó.

¿Qué podría decirle para que me ayudara a encontrarla?

5

Pues, quería entregarle su libro... También, hablar con ella sobre algo que ha vivido. Soy periodista y quisiera hacerle una entrevista. – Le dije.

Sentí que fue lo peor que pude haber dicho. Al menos, le estaba diciendo la verdad.

–Pues, no. No puedo decirle donde está. Pero, tengo el libro de visitas, ahí se apunta toda la información. –dijo apuntando un libro bastante usado. – Voy a ir al baño. No me tardo.

Obviamente, no perdería la oportunidad que me estaba dando esta persona. Tan pronto no me encontraba dentro de su espectro de visión, comencé a escanear el libro buscando el nombre de ella.

Creo que logré encontrar ese nombre y vi el correo electrónico. No necesitaba memorizarlo, quizá podría decirle que le atiné con su correo. Era posible, pues sólo usó sus iniciales para completar su correo.

Esperé un minuto más al guardia, me iba alejando despidiéndome de él mientras se acercaba. Caminé por media hora sin dirección fija

pensando en las locuras que estaba comenzando a hacer por una mujer.

Definitivamente, yo no era así y eso me condenaría a perderla si lo llegara a saber.

En eso, siento un golpe ligero en la espalda y al voltear veo un personaje peculiar. Un hombre con la ropa rota y vieja, quizá llevaba varios días sin cambiarse. Tenía colgando de sus brazos artefactos curiosos para mí.

Me dijo con voz baja:

— ¿Quiere comprar alguno?

Mi mente trataba de ubicar algún lugar para ponerlos, pero no lograba pensar en nada concreto. No contestaba y lo seguía viendo. Ahora, con voz quejosa como si tratara de darme lástima dijo:

— Por favor, ayúdeme.

— ¿Cuánto cuesta alguno de estos?

— Cincuenta pesitos.

Sonreí mientras decía eso, usar diminutivos para hacerlo sentir menos dinero. Era la primera vez que visitaba un país como México.

No conocía sus carencias, pero más allá de las económicas, veía un rezago en desarrollo educativo. Quiero decir, no existía la infraestructura para hacer niños pensantes, sino en vez, los enseñaban a memorizar.

¿De qué sirve conocer todas las enciclopedias si no eres capaz de crear nueva información y aplicarla en situaciones jamás imaginadas, o mejor aún, entender lo que cada quién hace para lograr paz y armonía en su interior?

Lo poco que llegaba a conocer era que tenía muchos funcionarios corruptos, y de eso aún no estaba seguro con mucha pobreza ligada a todo eso. La gente era diferente a como yo estaba acostumbrado y en eso pensé que sería una buena oportunidad de conocer a la realidad con este hombre. Y dije:

— ¿Cuánto vende al día aproximadamente?

— Pues... — Me dijo con una mirada un poco agobiado — como unos trescientos pesos diarios si me va bien.

— Le voy a dar cuatrocientos si me lleva a algunos lugares que le gustan de la ciudad, durante todo el día, por supuesto.

El señor estaba inquieto mirando a un lado y al otro, me parecía hasta nervioso y agresivo.

— ¿Quién eres? ¿Qué me quieres hacer? Por estos rumbos es peligroso andar ofreciendo tanto dinero por nada. ¿Vendes drogas, armas o que? Yo no soy de esos. Soy honrado. En mi pobreza, pero con honra.

6

Le dije lo más pronto posible para no hacerlo enojar:

— ¡No! No es nada de eso. Yo no soy de aquí.

— ¿Vienes del sur? Yo soy de allá. Aunque no tienes acento... — Me contestó.

— Sí. — Le dije por temor a ser rechazado. Si hablo bien español, no tendría porqué perderme de conocerlo como si fuera parte de ellos.

Lo más preocupante al decirle esto es que físicamente era güero, y no me creyera, pero eso no quita que podía haber vivido allá como residente permanente.

Me preguntó:

— ¿De qué lugar? Tengo familiares en Uajata. Ellos venden artesanías, apenas se logra sobrevivir con eso allá, pero está difícil en la época baja de extranjeros.

— Pues no soy de allá.

— Bueno, vamos. ¿Tienes dónde guardar mis cosas?

— La verdad no, ando a pie.

—Vamos al mercado. No puedo estar contigo mucho tiempo de todos modos. No quiero meterme en problemas. Lo llevo a donde está si me compra uno de estos y me paga el transporte.

—Está bien.

Fuimos a una parada del camión, cabe mencionar que el sistema es horrible. Se tardó como veinte minutos pasar por ahí y para acabarla de amolar se fue derecho, no se paró por estar lleno, supongo.

Ya cansados de estar ahí parados, comenzamos a platicar.

Me dijo:

—Recuerdo cuando tenía la esperanza de un cambio, pero sabes no lo veo.

—¿Por esto del camión?

—Por eso, y no sé.

Le pregunté:

—Pero, ¿eso es culpa del gobierno? ¿No pagan transporte privado?

—No sé, pero ya verás como está sucio a morir. A mi lo que me importa es sentirme bien, y estar tranquilo. Ellos sólo piensan en su...

En eso, pasó otro camión. Le hicimos una seña para que se parara. Lo hizo rápidamente, mientras pagamos el pasaje se arrancó casi

tumbando al señor con sus productos de venta. Tomamos un camión de color blanco con un anuncio publicitario a sus costados.

Ya tenía un dolor de cabeza por la situación. ¡Qué desesperante! Efectivamente, había una bolsa abierta con basura dando vueltas en un asiento paralelo al que escogí. No hablábamos.

Nos bajamos enfrente de un edificio alto amarillo naranja. No había anuncio del lugar al que llegamos, pero antes de entrar me aventó lo que traía para vender y me dijo:

—Este es un famoso mercado. Aquí puedes comer. ¿Cuál de estos quiere?

—El blanco.— le contesté apuntando a los delfines blancos que colgaban de una bola central metálica. Supongo eran para la decoración exterior, puesto cada delfín tenía a su alrededor una tita de metal que sonaban al moverlas. Lo tomé, y le pagué sus cincuenta pesos. No sabía exactamente donde me encontraba, pero traía el mapa.

El señor se estaba había ido mientras inspeccionaba el lugar. En la acera de enfrente, cerca de la esquina veía a gente caminar entre sillas de la pescadería y su restaurante.

Las mesas de plástico sin clientes estaban medio llenas de moscas, pero la gran mayoría de las mesas estaban ocupadas. Me acerqué al lugar y pregunte:

—¿Alguien sabe que venden en aquel edificio?— señalando al anaranjado. En el centro del cuarto una señora de falda larga blanca y blusa color rosa mexicano me dijo con voz profunda rasposa, quizá por haber fumado en la juventud:

—No eres de aquí... ¿verdad?

—No.

—Es el mercado Jurares, pero ten cuidado dicen por ahí que secuestraron a un extranjero hace poco.

—Gracias. — Le dije marchándome.

Salí del lugar, y hacía un calor agobiante. Las temperaturas a las cuales estaba acostumbrado a temperaturas oscilando entre veinte y veinticinco grados. En este lugar, treinta grados es algo normal.

¡Qué sofocante! Aún así, no era tanto calor, debo admitirlo. Al entrar al mercado empecé a entender la cultura de la región.

Vi a lo lejos puestos de plantas y veladoras religiosas. Mientras caminaba hacia el puesto más cercano me detenían para decirme:

—¡Pásele! ¡Siéntese!

Sólo moví la cabeza en signo de negación y seguí caminando. Pasando enfrente de un puesto con muchas velas y pregunté si se dedicaban a la magia. El señor me contestó:

—Aquí no. Estas cosas son religiosas, quizá en otro puesto.

Estaba el local lleno de cuadros religiosos y otras figuras en la parte superior. Debajo de mis manos, estaba una vitrina para poner cadenas y dijes religiosos. Hacia la izquierda había una caja, y en su parte superior decía «Tierra de San Juan de los Lagos».

—¿Porqué vende tierra?

—Observe bien.

—Pues la tierra tiene forma de algo, ¿una mujer?

—Sí, es la Virgen de San Juan— dijo con una voz un tanto sosa, era obvio para él— ¿No sabes quién es?

—No, pero ¿es milagrosa?

—¡Ah, claro!— dijo e inmediatamente dejó de mirarme, puede ser que se aburrió de mi ignorancia o estaba ocupado.

Seguí mi camino, más adelante encontré un puesto lleno de hierbas aromáticas. Este locales veía más interesante hasta sentía un poco de miedo. El escaparate de este local estaba lleno de figuritas peculiares como calaveras y muñecos. Lo tenebroso no era sólo las cosas que tenían, sino la mujer que me miraba profundamente. Sentía como si me estuviera desnudando hasta el alma. Estaba a

punto de marcharme cuando me gritó con una voz desesperada:

— ¡Espera! Veo algo en ti.

Sorprendido un poco y absorto en mí mismo, me le quedé mirándola a los ojos. Fue un sentimiento de ardor en cada centímetro de mi piel y su voz entumeció mis pensamientos. Me continuó diciendo:

— Tu no eres de este país, vienes de Europa. — Probablemente mi tono de piel le dio esa impresión, puesto tengo una tez blanca, un poco pecoso y pelo café claro. Ella continuó.— Tienes algo que hacer aquí, una misión. Hacía tiempo no veía a alguien así. Sabes que pienso, te van a robar. Te cambiará la vida. Lo sé y será de mucho valor.

No solté la carcajada por todas las sensaciones confundidas que sentía mientras me hablaba. Resultaba absurdo su comentario.

— Con esa muchacha — prosiguió la señora hablando lentamente como si tanteara mis expresiones para seguir hablando — descubrirás en el viaje sentimientos increíbles. ¿Cómo te sientes ahora? Hum. No. En realidad, es cómo te podría hacer sentir y eso quizá aún no lo sabes.

Yo no creía en esas cosas, pero... ¿Cómo sabía sobre la chica? Quizá... Sólo estaba adivinando. ¿Será?

7

Me quedé pensando por casi un minuto sobre lo dicho y repliqué:

—¿Por qué me dices esto? ¿Qué ganas?

—Algo, pero no es dinero. Muchos si lo logras serán beneficiados en su entorno.

—Pues, si tanto pareces saber... ¿Qué debo hacer?

—Te irás dando cuenta, pero te adelantaré algo. Búscala y una vez encontrada pregúntale sobre su vida. Conócela y comienza a escribir. Cuando lo logres y termines estarás próximo a morir.

—¡No puede ser! Tengo veinticinco años. No quiero morir.

—No lo tomes tan a pecho lo que te digo, muchacho. No hay destino. Tú escoges lo que haces.

Estaba confundido, pero lo sabía. Lo grave era el sentimiento de veracidad corriendo por mis venas, después de escucharla.

No tenía palabras para responderle y tenía miedo de preguntarle más cosas. Susurre entre mis dientes:

—No sé, creo que tengo prisa...

Muy nervioso y atolondrado comencé a caminar hacia los otros locales. A lo lejos, había un lugar parecido de donde había visto una hermosa gitana de reajo unos minutos antes de toparme a la señora adivina.

En eso, envuelto de los olores extraños y mareado, sentí cómo me tomaron del hombro y me jalaban hacia atrás.

En eso, vinieron a mi mente las palabras de la señora y en mi mente retumbó «Dicen que aquí secuestraron a un extranjero... ».

Yo era uno de ellos, y mientras perdía consciencia sintiendo una aguja entrar por mi cuello.

Pasó el tiempo, y desperté en un cuarto. La gitana estaba sentada a lado de mí y me dijo:

—No había terminado de hablar. No debiste haberte ido.

—¿Irme? ¿De dónde? ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Casi nada. Sólo unos minutos.

—¿Dónde están mis cosas? ¿Mi libro?

—Tranquilo... No pasa nada. — apuntando a un buró dijo— Están allá.

—Ya me quiero ir.

—No puedes irte, naciste para morir en mí.

—Te voy a sacar el alma...— dijo mientras tocaba mi pecho con su dedo índice de la mano izquierdo, subiendo lentamente, hasta llegar a mi cuello.

Con la otra mano, comenzó a tocarme la cara; mientras hacía eso, sentí como la piel donde me tocaba ardía. Así siguió, hasta que toda mi cara ligeramente se encendía. Me miró a los ojos, mientras susurraba:

—Si tratas de irte, morirás pronto. Quédate conmigo, y vivirás...— se calló unos segundos mientras sonreía.

Logré ver bien su cara, era hermosa, su pelo largo y ojos perla negra. Quizá el destino me estaba amarrando a ella, pero aún sólo sentía el ardor de su toque con su voz terminando de decirme. — eternamente. Cambiaré tu vida.

Al callarse ella, a lo lejos alcanzaba a escuchar una voz femenina, bastante sensual diciendo algunos versos:

*Te tengo en mis reflejos,
en los cantos de las nubes
y en las estrellas del llanto.*

*No te vayas, te dice ésta,
la sombra de mi mirada.*

*Sabes que si te tengo que olvidar,
dejaré los sueños para tus ojos
y anhelaré a los segundos
como si fueran parte de mi alma.*

*No te vayas, me dices con el viento
que roza mis suspiros.*

*Sé que eres la luna y sol
cuando atardece en mi corazón,
como lo es el fuego para el frío,
tú para mi interior, quemas tanto
que como sueño vagabundo
te me enredas en todas partes...*

Se levanta bruscamente la mujer, se disminuyó el ardor de mi cara al alejarse de mí.

Se acerca al libro, lo toma y comienza a hojearlo. Mientras lo hace, me da una mirada extrañamente apasionada que me hacen sentir el ardor en la piel donde me acaba de tocar.

Detiene de hojear al libro, y lo mira y empieza a leerme:

Intriga el protocolo, la angustia de una realidad ahogada en los antifaces de la corrupción.

*Se le llama a este fenómeno,
delirio de la serpiente dorada,
ese anhelo de convertirse
en la esfera de una población.*

*Se pinta de transparente,
pero lo podrido
se refleja en sus almas.*

*¿Por qué estarán tocados por ese poderío?
¿Por qué serán sanguijuelas
que invitan a ser intachables?*

*Si ellos son parte, si nosotros lloramos
por la justicia ahogada en lamentos
que laceran el deseo de ser ese país
fortalecido por la rectitud.*

*¿Cómo derrumbar caretas podridas
que se pintan de nuevas?*

*Hablan y tratan de derribar
las cicatrices de un pueblo ardido,
un pueblo callado, cuando sus ojos
se tapan en ignorancia.*

*Merecemos más que estás palabras,
que ataques llenos de ardores de pecho,
que deseos de llegar a convencer
a los hombres de su gran capacidad,
pero las fugaces habladurías parecen
hechizar en tono de pelea.*

*No ven al tiempo consumirse
en palabrería insensata,
en embellecer lo podrido,
¿será eterno este baile de la política?*

*Hoy, no me entero... Confirmo
lo triste de nuestra realidad.
Si miráramos hacia el cielo
y llegáramos a ser luz...*

¿Quiénes nos continuarían

con la purificación de este país?

¡Quién! ¿No hay quién? ¿No hay hacia donde?

*Somos nosotros, los primeros y los últimos
convertidos en esperanza.*

*Quiero deshojar a la corrupción,
pero la mirada va hacia palabrería
insensata que confunde
y derriba la poca intención.*

*Las serpientes y sanguijuelas,
dicen y se mueven,
mienten y la ignorancia admite.*

*¿Cómo derribar tanta corrupción enferma
para tocar lo dorado lo un país dolido?*

*No comprenden que la vida
no puede surgir de la demagogia,
sino de la ciencia que empuja
a este mundo a crecer.*

La ciencia nos invita, nos agrega,

*desde un mundo de raciocinio
donde su meta es llegar a tocar el cielo
y ser la luz, movimiento del pensamiento
que cambia lo tradicional.*

*El cambio es ser luz.
El cambio es ver hacia
el conocimiento libre,
ese destello luminoso
que nos hará sublimar
como seres humanos,
como país, un mundo de luz.*

Terminó, y se acercó a mi otra vez, y me empezaba a acariciar la cara.

Arrancó las hojas en donde estuvo leyendo y tomo la veladora que estaba en la cabecera de la cama. Y la puso en mi pecho, tomo una de las hojas que había arrancado y la quemó enfrente de mi boca. No podía creerlo.

Trataba de hablar, traté de levantarme y no podía. Trataba de detenerla, pero no podía.

Mis músculos estaban inmóviles. ¿Qué droga me inyectaron? Estaba algo ido por los aromas que emanaba el incienso.

Comenzaba a desesperarme, y por ello, siento que se acercó a mí y me besó el cachete derecho, cerca de mi boca.

Todo había terminado, estaba perdiendo el conocimiento, otra vez. Cerré los ojos, mientras me entregaba a un estado de completo pánico en un silencio embriagador.

8

Cuando abrí los ojos me encontraba en otro lado. La luz del sol estaba tocando mi cara, me ardía tanto. ¿Cuánto tiempo habré estado así?

Me puse boca abajo, para dejar de provocar lo inflamado de mi cara. Sentía el corazón acelerado, y las pulsaciones las alcanzaba a sentir entre los dedos de mis manos.

No sé si fue un sueño, pero recordaba todo perfectamente. La mujer misteriosa, cuyo nombre no conocía, podía ser real. Me levanté, y me senté en la orilla de la cama con la espalda erecta.

Volteé hacia una mesa que se encontraba a cinco pasos de mí y me di cuenta que parte de eso no era un sueño.

Ahí estaba el poemario, o al menos un libro parecido al de mis recuerdos. No sabía en que punto del tiempo perdí noción de la realidad.

No había otra explicación para amanecer en el departamento que renté por un mes, amueblado y con todas las comodidades para vivir decentemente, nada de lujos.

La mesa era de caoba, y la cocina chica podía también ser vista desde donde me encontraba. Detrás de la cama, al lado derecho, había un pasillo que llevaba a otro cuarto que usaba como estudio. Entre esos dos, había un baño bastante agradable, quizá influía que esta casa había sido construida un año atrás.

La cama matrimonial tenía la vista directa al balcón, cuyas puertas, eran de vidrio. Los árboles grandes tapaban parte de la vista hacia la ciudad desde la cama, pero de noche desde el balcón alcanzabas a vislumbrarte con la belleza de la ciudad de noche; viendo lucecitas en todo espectro de visión ocular.

Mi mente recorría, las escenas, que tal vez soñé. Me seguía molestando la cara, por eso me levanté para verme al enorme espejo del baño que tenía un marco de cobre, cubierto de decoraciones góticas.

Al verme al espejo, mi mente visualizó la imagen de la gitana en el espejo; sabía que era el estremecimiento lo que me causó verla ahí.

Volví a cerrar los ojos, y al abrirlos seguía en el mismo lugar. Mi corazón estaba un poco más desacelerado, pero la adrenalina seguía corriendo por mi cuerpo.

Decidí bañarme y salir de ahí, para encontrar a la mujer que me dio ese libro. Pasó un rato, y

estaba listo, salí del departamento bastante tranquilo con el libro en la mano.

Por ahora, sólo buscaría un lugar con Internet. Salí del departamento, las calles estaban vacías. No era la hora, era mi alma, estaba ido quizá si me tropezaba con alguien llegaría a pensar que era un dibujo o quizá una escultura.

Mientras caminaba, sobre piso rojo quemado y bastante rasposo, influenciado por los recuerdos, todo a mi alrededor me daba la sensación de ser inexistente. Me sentía inútil en un mundo donde el deseo de lograr cambiar las cosas se evapora en un mundo sin actos decididos.

Un ligero vértigo se apoderaba de mí, pero después de caminar por varias cuadras al estar cruzando la última esquina antes de tomar el camión veo a un hombre pidiendo dinero sentado sobre una repisa con dos de los tres dedos cortados solamente hasta los nudillos y con el dedo grueso completo.

Cuando me pidió dinero no pude responder, seguí caminando mientras me preguntaba si realmente la falta de mano lo hacía un discapacitado o tan sólo era una excusa a su dolor emocional.

Antes de terminar esa cuadra, volví a sorprenderme porque sentado sobre la acera había

un hombre bastante viejo y decaído tocando muy mal la harmónica.

Ese hombre daba más lástima que el otro por su aspecto de suciedad y descuido. La señora que iba delante de mí le dio unas monedas, pero yo pasé casi sin mirarlo. Sentía lastima y desesperación al ver tanta pobreza disfrazada de vagabundez o indiferencia.

¿Porqué dedicarse a pedir dinero en la calle? «El salario mínimo, diminuto debería llamarse, junto con las pensiones son ridículas.» me dijeron mientras esperaba al camión. Una cosa es no tener dinero para comer o vivir tranquilamente y otra es jamás saciarse del “poder exterior” que el dinero se cree que brinda.

Veía desde lejos al señor con la harmónica, una señora de edad avanzada se me acerca y pregunta:

— ¿El que camión que va a la clínica siete pasa por aquí? La otra vez me fui en un camión equivocado. Ya no leo bien de lejos.

— ¿A que colonia o calle va? No conozco los edificios.

— Voy a La Catarina Santa, tengo que llegar a la clínica para cobrar mi cheque. Es increíble que esto me pase, tengo que viajar hasta allá, siendo que vivo aquí en el centro, hay más clínicas que allá y demás están las oficinas centrales. No

entiendo porqué se empeñan en mandarme hasta allá. Fui y les expliqué, pero aún así no cambiaron nada.— me dijo con un aliento bastante desagradable— mi esposo murió en mayo, desde entonces he tenido problemas con esto. Él iba y cobraba. ¡Cómo me protegía! Ahora, todo es tan difícil si mis hijos no me dieran de comer, estaría grave —hizo una pausa, soltó una risa disimulada y continuó— pero, me hacen falta mis cigarritos. — después de decir eso, se rió más libremente.

—Pues si. —dije asentando con la cabeza.

—Conozco a mucha gente con mi problema, pero parece que los jubilados no tuvieramos voz. ¡Ah! Pero, en las elecciones ahí sí, nos buscan para el voto.

Levantó la mano para tomar el camión, se paró el autobús. Le confirmé:

—El camión sí dice que va para allá.

Subió al camión, y volteó rápidamente con una sonrisa y se despidió. Me quedé solo, esperando, bastante decepcionado por la situación existente.

En un instante, volvió a mi consciente el intento de música. Miré hacia el hombre y decidí caminar hacia él.

Un señor, canoso con ropa y olor a vagabundo y sin talento, pero con un arma para

atacar a todo aquel que se deje llenar de sentimientos.

Al mirar el otro lado de la calle, olvidé al señor y crucé la calle.

Entré por una puerta de vidrio y me senté en una computadora. Abrí el mensajero, mientras trataba de recordar el correo electrónico.

¿Cuál era? Tantas impresiones... en tan poco tiempo...

9

Tomé el libro, recordé mi sueño, escribí el nombre de la autora y la agregué a mi lista de contactos.

Después, una vez abierto el navegador, le escribí esto en un correo electrónico:

«No tuve la oportunidad de comentarte que me voy a salir del país en un mes. El teléfono donde me puedes encontrar es el 54632332. El libro me llevó a ti. Supongo, con eso que te acabo de decir sabes quien soy. Adiós. Hugh Wassen.»

Me puse a ver las noticias en Internet mientras pasaba la hora que había pagado. Me encontré con una desgracia. Habían asesinado a 200 niños en un acto terrorista. Entre que leía los detalles, comenzó a parpadear el nombre de «Mia... Poema de tu voz ». Abrí su ventana, y la conversación se fue desarrollando así:

—Hola, ¿Quién eres?

—¿Leiste mi correo electrónico? —Le escribí.

—Hum... Creo que no. Deja veó.

No le contesté. Seguí leyendo los detalles de la noticia. Después de un rato, me escribió:

—Nunca hubiera pasado por mi mente que pudieras ser turista.

—Ya vez, las apariencias engañan.

—Te ves muy blanco...

—Tú tampoco estás muy morena que digamos. ¡Eh!

—¡Hay sí! Pero, yo no estoy desabrida.

—¿Qué significa eso?

—Ahora resulta que el extranjero ya no habla bien el español...

—Pues, no he estudiado mucho español.

—¡Claro! ¡Crees que me la creo! Nomás entiendes lo que te conviene.— toda la conversación se volvió en tono de broma. Estaba divertido, pero la hora se estaba acabando. Así que le corté la inspiración rápido:

—Sí, a ver cuando te vuelvo a encontrar por aquí. Ya me tengo que ir. Adiós.

—¡Oye! ¡Qué te pasa yéndote así!

—Nada.

—Mi teléfono es 18912462. Por cierto, hablas muy bien el español. —estaba seguro que me daría su teléfono porque al irme todo se acabaría, no tenía porqué tenerle miedo a alguien que pronto desaparecería de su vida— Hay una plaza por

donde vivo. Se llama Plaza de los Nogales, ahí te veo en entrada principal.

— Mañana vemos la hora, te cuidas. Ahora si, adiós.

No le di tiempo de contestarme y me desconecté. Cerré los programas, me levanté de la silla, pagué la hora y me marché del lugar.

Llegué al departamento y me quedé dormido casi sin percatarlo. Estaba tan cansado que perdí la noción del tiempo. Es curioso que eso pasara porque dormí un buen rato. Tomé el reloj de mano que estaba en la mesa de dormir, eran las ocho veinte de la mañana. Había un teléfono en el mismo lugar donde puse el reloj a lado de la cama.

Me senté en la cama y le llamé. Después de dos timbres me contestó una voz femenina:

— Bueno, ¿quién habla?

— ¿Mia?

— Sí, ella habla.

— Hola, habla Hugh.

— ¿Vamos hoy a la plaza? ... ¿Qué tal temprano?

— Sí, ¿Dónde nos vemos?

— Realmente no conozco, ¿pero la entrada principal esta en frente de que tienda?

—Mmm...—murmuró ella— No recuerdo, pero es la más importante. Se le dice la entrada número uno, sino sólo pregúntale a los guardias. Entonces, ¿a las once?

—Once treinta.

—Está bien. Ahí te veo.

—Ok. Adiós. —dije mientras colgaba.

Me levanté y fui hacia la cocina, había comprado leche en polvo y cereal. Desayuné rápidamente y salí del departamento. Revisé que nada me faltara, las llaves, la cartera y el libro.

Me fui a rentar un auto. Andar caminando entre carros y agresividad al volante es realmente tedioso. Llegué al lugar en poco tiempo. Encontré un lugar cerca de donde creí era la entrada principal y me estacioné. Caminé a la puerta, le pregunté al guardia y resultó si había tenido suerte para encontrar el lugar. Después de un rato, miré hacia el horizonte y ahí estaba ella. Se veía radiante. Al mirarme, resaltó su sonrisa color carmín. Me acerqué y la saludé diciendo:

—¿Vives por aquí cerca?

—¡Tan pronto quieres saber de mi privacidad!

—¡Uy!, no te imaginas... Tengo una duda más grande.

—¿Tan importante soy ya para ti?

—Claro... Claro... No lo dudes. —le dije en tono sarcástico.

Entramos al lugar riéndonos y caminando entre las tiendas. Los ecos de nuestras voces alcanzaban los techos traslucidos donde el sol entraba con fuerza disimulada al centro comercial.

A lo lejos, se veían unas bancas color café cremoso, y a lado una tienda con figuras de cerámica. Llegamos a sentarnos mientras continuábamos la conversación:

—¿De dónde eres, entonces?

—Vengo de Irlanda.

—Aún no entiendo cómo hablas español sin acento, como si fueras latino. Lo más común es hablar con acento español porque vives cerca de España.

—Quizá tengo facilidad para aprender idiomas o algún pariente mió me enseñó. ¿Lanzamos una moneda?— acabé la pregunta y se escucharon unos gritos de una niña en la calle.

10

Al voltear para atrás, vi como estaba con su papa y mamá. La niña le estaba rogando a un sueño que la cargara, pero el que supongo era su papá le gritó:

– Falta muy poco, ahí adelante está el carro.

En ese instante, la mamá se lanza hacia su esposo parándose unos centímetros antes imitando a la niña. Y gritó:

– ¡Mírame! – con los brazos extendidos – ¿A quién me parezco? ¡Cárgame! ¡Cárgame!

La señora me vio a los ojos y siguió comentando:

– ¡Qué te pasa! ¡Qué te cuesta cargarla!

En eso, el señor le gritó muy fuerte a la niña:

– Ya, es hora de irnos.

Mientras la beba seguía con los brazos extendidos apuntando hacia él. En eso, veo como huye la niña del papá, se va hacia la puerta y su papá le avienta suavemente la pierna.

En eso Mia me gritó:

– ¿Dónde estás? Aquí conmigo no.

— ¿No viste lo que paso?

— Por eso te pregunté.

— ¿Viste a la familia?

— ¿Cuál familia? ¿Estás bien?

— Sí, ahí estaba una.

— Yo no vi nada. Estaba pensando en otras cosas hasta que noté que no respondías a mis preguntas.

— ¿Qué cosas?

— Cosas que no puedes saber — me dijo ciñendo el ojo muy coqueta — pero algo que no vi fue una familia. Pasó un señor viejo de pelo cenizo largo. ¿Ese era el papá de tu familia fantasma?

— No. Él era joven. Y para empezar, tenía el pelo negro.

— Aquí no pasó nadie con ese pelo. Mejor sigamos caminando, ¿no?

— ¿Te gustan las películas de terror?

— Sí, ¿porqué? — le dije mientras me levantaba de la banca.

— Creo que haz visto muchas... — me sonrió ligeramente y se mordió el labio inferior un poco. Me veía sentada todavía.

Me reí, no pude contener las carcajadas. Después de calmarme, le dije sonriendo:

—Vi una película realmente horrenda hace unos días...

—Eso ha de ser, ¡pero no! En esas películas siempre hacen lo más tonto.— dijo al levantarse y comenzar a caminar junto a mí.

—Una buena película de miedo es aquella que no te enseña el miedo, sino deja que tu la fabriques.— Le dije.

—Creo que el miedo viene al vivir falta de amor.

—¿Cómo?— Le pregunté.

—Si lo que te rodea es amor, si eres amor, entonces, no tienes un porqué tener miedo.

—Si en este momento desapareciera y regresara a tu vida de otra forma en el futuro... ¿Tendrías miedo?— Le pregunté.

—Quizá. ¿Leíste el libro?— Ella me preguntó, pero preferí no contestarle y me preguntó nuevamente:

—¿Leíste lo que sucedió?

—¿De qué hablas?— Le pregunté.

—El libro... ¿Lo perdiste?

—No, pero recuerdo que saliste corriendo. ¿Por qué?— Le contesté.

—No te incumbe, ¿o sí?— Me contestó juguetona, casi en un tono agresivo.

—¿Quieres el libro de regreso?— Le pregunté porque pensé que quizá solo quería salir conmigo para que se lo regresara.

—Te lo di. ¿Te diste cuenta? ¿O aparte de ciego, sordo?— Me contestó.

—¿Ciego, por qué?

—Pues ves a una familia que no existe, y además, no ves cuando te dejo caer el libro.

—¿Y crees, que eso es, dar un libro? Aquí la sorda, es otra...

—¿Cómo te atreves a insultarme! —dijo riéndose mientras me quitaba el libro de mi mano.

—¿Leíste todo el libro?

—No.

—¿No te gusta leer o qué?

—Sí, ¿cómo crees que aprendí español?

—Ups. No sé. Osmosis...

—Definitivamente, no sabes nada del aprendizaje... Tienes que dormirte con el libro debajo de la almohada. Así, lo recuerdas todo al amanecer... Los hice para dos exámenes. No me preguntes porque lo hice dos veces si con la primera reprobé bien bonito.

—¡Hay! —exclamó mientras hojeaba su libro y luego continuó diciendo— Este libro es parte de

mi alma, un deseo eterno de prender la luz en mi vida.

—¿Acaso, tú también sabes cosas de mi vida? ¿Cuándo o qué?

—¿También? No sé de que hablas.

—No sé, tuve un sueño muy extraño.

—¿Tomaste tus vitaminas de hoy? —dijo burlándose de mí— Te hacen falta...

—Por favor...—dije con una voz algo quejumbrosa.

—Lo que pasa es que tu falta de capacidad te limita comprenderme. —Me contestó.

—Excusas... Claro...El que poco sabe, mucho insulta. —Le contesté.

—La familia que vi fue real. Pero, si tú no los viste, la situación se vuelve más traumática.

Seguíamos caminando y ella, se quedó callada por un buen rato. Su cara no mostraba expresiones. De la nada me volteó a ver, y dijo:

—Sabes, hablando del miedo... A lo que más le tengo miedo es a vivir sin amor. —Me impresionó lo serio de su mirada y lo profundo de sus ojos

—¿De dónde viene ese miedo? ¿Te pasó algo malo?

—¿Malo? No, exactamente.

—¿Entonces?

—¿Sabes que es el amor?

—Nunca me lo había preguntando así...
Imagino es un sentimiento.

—¿Un sentimiento? Ya estoy segura no leíste el libro. —Me dijo. Todavía tenía el libro en su posesión, con su mano me tomó la mía y me llevó a sentarme unas bancas.

—Te lo voy a decir directamente. Esto de andar con jueguitos no me llama mucho la atención. ¿Qué quieres? Pensé que habías leído el libro y querías hablar de él. Pero no... —Me dijo a los ojos tocándome la frente con una mano.

—¡Contesta! —Me exclamó y me soltó.

—No sé... que... decirte. —Le contesté mientras me empezaba a sentir mareado.

11

Estaba otra vez, en ese lugar exótico acostado. La gitana estaba ahí, su pelo estaba tocando mi cuello y el libro a su lado.

¿Pude haber alucinado que desperté en mi cuarto? ¿Por qué estaba otra vez ahí?

Ya no sentía ardor, pero podía percibir las pulsaciones de todo mi cuerpo.

— ¿Quién eres? — Le pregunté.

No volteó a verme. Tomó el libro y lo aventó a mi espalda.

Lo abrió y leyó en voz alta:

*Si esto que siento que explota mi pecho
se convierte en una burbuja de paz,
cuando estalle estaremos
un poquito más cerca del amor.*

*Puede que muera al sentir al viento
transformar los anhelos que reviento,
esperando encontrar la burbuja,
impregnada de luz,
esa que termina en un latido de corazón.*

*Trato de ser ese vuelo que no cesa
de inventar burbujas de paz,
donde la belleza
se vuelve un arco iris de plenitud.*

*Si esto que siento existe,
entonces, no dejes de buscar
que cualquier lágrima que se deslice
es una sonrisa que se evapora
para ser una burbuja de paz...*

— Estoy retenido en contra de mi voluntad. Es un secuestro.— Le dije sintiendo mi corazón latir fuertemente.

— Tranquilo... Todo está bien.— Me dijo con una voz distinta a la que leía los poemas. Esa voz me sonaba familiar. Su pelo volvió a tocar mi cuello y sentí como un escalofrío recorría todo mi cuerpo hasta perder noción del mismo.

— Ese libro... Quiero leerlo.— Le dije.

— ¿Qué me quisiste decir con eso que leíste?

— ¿Quieres vivir en paz?

— Todos lo deseamos.

—Claro, todos lo desean... Y, ¿por eso no lo consiguen?

—¿Qué quieres decir?

—Todos quieren, pero no lo hacen.

—¿Tú lo haces? ¿Después de hacerme esto? ¿Tenerme aquí drogado?

—Sólo son cuidados. Fue duro lo que te pasó. Este libro es fascinante, ¿no crees?

—Quiero... —me interrumpió poniendo su mano en mi boca.

—Escucha... al mundo que tienes dentro de ti. — me dijo.

Y empezó a leer otra vez:

¿Le llamas suplicio

a este romántico transitar?

¿Le llamas noche de invierno tétrico

a este camino rodeado de floreado suspirar?

¿Cómo le llamas, entonces, a este lugar

que penetra tu existir

como si no hubiera

otro paraíso infernal más anhelado?

¿Será así, cuando le llamas llorar

por vanos secretos que se te susurran

al observar sin amar?

*¿Será así, cuando le llamas sonreír
por el sufrir ajeno que te aleja
de la verdadera felicidad?*

*¿Cómo le llamas?
Si no lloras, ni sonríes en tu cuerpo,
sino desde el piélagos del amar...*

—Ese libro... Estuve con ella, ¿sabes? La encontré. ¿Cómo regresé a este lugar?

—No has salido.

—Déjame ir... —le dije tan pronto me quito la mano de la boca.

—Todavía no es tiempo. —Me contestó mientras ponía en su mano en mi brazo. Sentí como algo se me introdujo en mi piel.

12

Me vi otra vez sentado en la plaza junto con Mia.

— ¿Qué pasó? — Le pregunté.

— ¿De qué hablas? — Me contestó.

— ¿A dónde fui?

— No fuiste a ningún lado. Me asustaste.

— ¿Por qué?

— Estoy casi segura que perdiste el conocimiento unos segundos.

— ¿Cómo le llamas a este lugar que penetra tu existir?

— ¿Leíste ese poema?

— No, lo escuché.

— ¿Dónde?

— La gitana.

— ¿Quién es ella?

— No lo sé.

— ¿Estás bien? ¿Quieres que te lleve con un doctor?

—No... Sólo estoy confundido, pero ha de ser por el viaje y todos los cambios que estoy viviendo.

—No me la creo, algo te esta pasando. Si pudiera le echaba la culpa a la corrupción de lo que te pasa. —Dijo con una risa ligera.

—Pero, ¿por qué? ¿Qué te ha pasado?

—¿Por qué quieres saber? Si te lo digo, para empezar, no me lo creerías.

—Inténtalo.

—De hecho, no necesito que me creas. Las pruebas lo documentan.

—¿Te importaría si te entrevisto para contar tu historia en algún reportaje?

—Quizá...

—Entonces, vamos a comprar una libreta para tomar apuntes.

—¡Ah, no! Ya no sé. ¿Qué has escrito?

—Pues más que nada notas en periódicos. Mmm...

—Por cierto, ¿Tienes pasaporte?

—Sí, ¿Por qué el interés?

—Tengo que verificar quien eres. No me importa darte la historia, si narras bien lo que te voy a contar. Para mí, es peligroso contarte esto... En sí, decir los hechos con los nombres reales...

Puede causar furor... Mucha gente puede terminar en la cárcel, y obviamente, harán todo por no caer en eso. Y lo más importante es entender lo que sucede.

— ¿Tienes miedo a que te maten?

— No sé. Todo puede pasar.

— Estamos de acuerdo, entonces. Intentaré hacer una novela, quizá en mi país puedo publicarlo sin problemas... ¿No crees?

— Sí, pero es aquí donde está el hambre de limpiar su la realidad.

— Vamos a la papelería. Ten mi pasaporte.

Se lo di, seguía viéndolo mientras la seguía a la papelería y me dijo:

— Quiero una copia de tu pasaporte. Espero no te opongas.

— No. —le dije entrando a la papelería con una discreta sonrisa. — ¿Estamos?

Cerca de mi oído, oí una risita disimulada susurrándome:

— ¿De dónde aprendiste ese “estamos”?

Me quedé parado aparentemente buscando el área de libretas, pero estaba un poco idiotizado. Su cara estaba en mi mente mientras su voz se me introducía.

En ese momento, busqué a Mia, pero no la vi. Me asomé por cada pasillo, y no estaba ahí. También, me asomé a las copadoras y no había rastro de ella.

«La canija me está jugando una broma» pensé en voz alta. Pasaron diez minutos, y comenzaba a preocuparme. Ella todavía tenía mi pasaporte y perderlo así me dejaba indefenso.

Comenzó a molestarme aquel sueño, en donde conocía a la gitana.

Me sentía como aquella vez, solo, sin libro y pasaporte. ¿Acaso todas mis pesadillas se irían haciendo reales poco a poco? Algo me pasó en aquel mercado, pero ¿qué?

De la nada, sentí una exhalación profunda en mi cuello y las palabras:

— ¿A dónde vas, chulo?

Sentí escalofríos recorrer los centímetros de mi lado derecho del cuerpo comenzando por cuello hasta mis piernas.

Cuando volteé, me tranquilicé.

Sí, suponen bien.

Era ella, pero distinta, algo había cambiado. Estaba más seria, sus ojos eran los de la gitana, negros. ¡No podía ser! Quizá estaba imaginando cosas; es tan fácil engañarse a sí mismo. Sentía una revoltura de emociones encontradas.

¿Quién era ella?

Me inmuté ante su pregunta y la voltearla sólo le dije con la cabeza en alto, un poco sangrón:

—¿Y mi pasaporte?

Me miró con unos ojos tan llenos de vida que ignoré eran idénticos a los de la gitana. Me derretía al sólo ver la luz interna que irradiaba como faroles de mercurio.

—Hora de irnos. ¿Pagaste? —viendo como ignoró mi pregunta y trató de imponerse. Decidí seguirle el juego hasta que se calmara.

Recordé que no había pagado la libreta, pero ya no quería perderla de vista. Tenía que recuperar primero mi pasaporte.

—No tengo nada que pagar.

—¡A que bien! —dijo moviendo la cabeza de un lado hacia otro, muy coqueta. — pues, como no tienes más opción, sígueme.

—Si tengo.

—No tienes... Créeme.

—Vine en auto. — Le dije mientras le enseñaba las llaves.

—Genial. Yo manejo. —Dijo mientras me las quitaba. Y prendía la alarma para encontrarlo.

¡Qué mujer! ¡Me estaba haciendo seguirla!

No lo podía creer. Ni una mujer había logrado eso, y esta latina, me hacía vivir el papel inverso.

Decidí seguirla, aún estábamos en el centro comercial, hasta llegar de repente al mismo lugar por dónde entramos.

—Vamos al centro —me dijo todavía seria— ahí te voy a contar un poco de la situación.

—¡Con que no vayamos a algún mercado!— Le exclamé en tono de broma.

Todavía seria, me dice:

—Bien. Ahora, quiero aclarar algo.

—Dime...

—No me interesas. Todo esto es estrictamente profesional.

Sentí como caía un balde de agua fría recorría mi cuerpo. Esto iba a ser muy interesante, un reto...

13

Manejó diciéndome los lugares por los cuales pasábamos y me llevó a un lugar extraño, fuera de la ciudad. No sé porque me dejé llevar por ella.

— ¿Mia, en dónde estamos? — Le pregunté.

— ¿Por qué me llamas Mia?

— Vi el nombre en tus datos de contacto por Internet.

— ¿Y les crees?

— Tú lo pusiste. Sí... Lo sé. Me llamo Luna. ¿Has oído del Temazcalli?

— No... ¿Qué es eso?

— Pues, hoy lo averiguarás.

— Pero... Me dijiste que haríamos un reportaje sobre la corrupción de tu país.

— Sí. Lo harás, pero quiero que conozcas a este país desde otra perspectiva. — Dijo mientras abría la puerta para bajarse del carro.

— ¿Cómo sabes que no conozco esa perspectiva?

—Esperemos que no... La sorpresa será aún mayor.

Nos bajamos del carro y llegamos a una tienda especie de cabaña chiquita donde vivía el que cuidaba el predio.

Había una mesa de madera llena de frutas y vegetales.

—Come algo. — Me dijo Mia.

Tomé un poco de melón y me lo comí. En eso, llegaron al lugar otras tres personas. Nos saludamos y Mia me dice:

—Es hora de prender el fuego para calentar las piedras.

—¿Cuáles piedras?

—Vamos a bailar alrededor del fuego. — Me dijo Mia ignorando a mi pregunta como si la viera obvia.

Estaba nervioso. No lo puedo negar. Estaba en medio de la nada con una chica que apenas conocía e iban a bailar alrededor de un fuego.

Había asistido a mis clases de historia universal y me habían dicho que los antiguos aztecas solían hacer sacrificios humanos.

¿Qué clase de mexicanos eran estos? No sabía si preguntarle que iba a pasar o que significaba esa palabra: Temazcalli.

—¿Tienes asma o alergias? ¿Eres propenso a cualquier tipo de ataque nervioso? —Me preguntó.

—No.

—Perfecto.

—¡Ven! —Me dijo mientras me tomaba de la mano y me llevaba a un lugar todavía más escondido. Lejos de la cabaña, al menos todavía era de día.

Al llegar ahí, vi que los troncos ya estaban listos para prenderse. Habían cinco personas más entre ellos tres hombres y las demás mujeres. Empezaron a bailar y tocar música usando instrumentos tradicionales indígenas.

Hicieron una pausa y prendieron el fuego.

No sé realmente como se llamaban las danzas, pero si lo viera en un documental de seguro estaría entretenido e impresionado por el intentar preservar lo mejor de sus raíces.

Danzaron por varias horas hasta que se bajó el sol. En ese momento, el fuego de los troncos había quedado en brasas y al fondo unas piedras.

—Vas a tener que quitarte un poco de ropa, al menos la camisa... y el pantalón.—Me dijo mientras la miraba con una cara de extrañeza.

—¿Por qué? —Le pregunté.

—¿Quieres entrar al temascal?

— ¿Qué es? He estado intentando preguntarte todo este tiempo...

— ¡Ah! Perdón. Es un baño al vapor con piedras de la montaña que acabamos de incendiar.

— Así, que eso es...

— Sí. ¿Quieres entrar? Ya está todo listo. Y te aseguro que hay pocas oportunidades de hacerlo en tu país.

Tenía razón. Al menos al parecer, no era un ritual para matarme...

— Está bien. — Le dije mientras me quitaba la ropa y me dejaba los shorts que llevaba puestos para meterme a la alberca del lugar donde renté.

Me metí a una especie de tienda de campaña donde en el centro tenía un agujero para poner las piedras calientes.

Estando ahí, al inicio todo se veía sin problemas. Todo comenzó con la primera piedra.

— No puedo respirar bien. — Les dije.

— Es normal. Tranquilízate. Son los vapores de las piedras. Si sigues así, vuélvemos a decir. — Me contestó alguien en la oscuridad.

Nunca había sido claustrofóbico, pero estar en lugar pequeño como éste, exudando como nunca y sintiendo ese calor punzante me hicieron llenarme de pánico.

En la oscuridad, empezaba a ver pequeños destellos luminosos... Mi mente volvía a lo que le parecía el recuerdo. Regresaba otra vez a ese lugar misterioso, donde la gitana me tocaba la piel y esta vez todo mi cuerpo ardía.

—Necesito salir de aquí.—Fue lo último que dije antes de volver a perder conocimiento.

14

Había un hombre sentado en la puerta como si estuviera cuidando el lugar. No lo había visto antes.

— ¡Hey! Magia... Ahí viene ella. Voy a abrirle la puerta.—Dijo el hombre mientras salía del cuarto.

— ¿Te llamas Magia?

— No, así me dicen. Me llamo Azul.

— ¿Por qué me tienes aquí?

— No soy yo. Te puedes levantar cuando quieras. —Al decirme eso, vi entrar al cuarto a Luna. Se levantó Azul y caminó hacia donde estaba ella.

Las dos estaban frente a frente. No se decían nada. Yo sólo podía ver lateralmente a sus brazos y piernas. Vi como lentamente se iban acercando cada vez más hasta que llegó un punto en que parecía que no tenían dos cuerpos, sino uno.

Se unieron hasta quedar una dentro de la otra. Fue entonces, cuando ella o quién fuera se volteó a verme.

Y lo que vi, me impactó. Era yo. Quería correr, el pánico invadía todo mi ser. Recordé las palabras de Azul y me levanté.

Iba a correr hacia la puerta, pero pensé que no tenía porque temerle. Si eso, era yo...

¿Qué me podía pasar?

Caminé hacia él. No me importaba si moría o no, de todos modos, todo lo que había vivido hasta ese entonces me había hecho darme cuenta que lo que creía era real... No lo era.

Dejé que él se me acercara. Estábamos frente a frente y empecé a caminar hacia mi otro "yo".

Sucedió lo más increíble, no puedo describirlo tan fácilmente. Me había convertido en amor. Todo era amor. No había bueno, ni malo, sólo amor. No me juzgaba y eso me hacía libre de juzgar a lo demás.

*Remarco esta felicidad
como estar sin palabras,
como navegar sin timón,
que te dejará a la orilla del cielo,
y es que no estoy callada,
sino cautivada con el interno cielo
que te rodea, tu y yo,
él y yo, tu y él,
ella y yo, tu y ella,*

*en callados caminos
que se entregan a la luz,
al destino compartido,
a lo que se cree entender,
pero no tiene cognición,
el amor,
algo más que eso.*

Tanto que no se puede describir con palabras porque ellas limitan la experiencia del amor.

No sé cuánto tiempo pasó, pero desperté en un hospital, lo sabía porque oía los ruidos y ese olor peculiar.

¿Quién me podría explicar que pasó?

Tenía ese libro en la mesa donde ponían medicinas. ¿Me lo habrán leído? ¿Todo habrá sido un sueño?

No importaba. Mi cuerpo estaba rodeado de un halo de felicidad sublime y mucho amor.

Vino un doctor. Tomó la sábana y me empezó a cubrir la cabeza. Le pregunté:

— ¿Qué pasó?

Aventó la sábana y vi en su cara una expresión de susto total.

— ¡Está vivo! — Gritó.

Dicen que morí, yo no lo creo. Jamás estuve cerca de eso. Todo lo contrario. Por primera vez, me sentí realmente vivo.

Tomé el libro y lo abrí pensando que esta vez sería la última que lo leería, puesto ya estaba listo para vivir de verdad y no dejarme llevar por lo que se dice es vida... Todo ese tiempo sólo había querido llegar a casa.

Y leí:

*Esta noche durará hasta que quede ciega,
cuando las luces se vuelven fuego
y así, quede deshojada para encontrar
en la lucidez, el camino a casa.*

Caminar a casa...

Lo extraño. Lo olvidé.

*Durante la exposición de la luna, dormí,
como si tuviera el tiempo en Roma, sentí
como si existiera el país de los reyes,
pero despertando quedé
inmersa en las luces,
en fuego me convertí,
amor sentí.*

Caminé a casa...

Lo que amé. Lo que conocí.

*Regresa a mí como agua de río,
que toca a su amado,
el loco mar que perfora los sentidos,
para encontrar el camino a casa.*

Caminar a casa...

Que alivio es.

Que delirio es.

Caminar a casa...

Eso es esto, aquí.

*Si crees que estás solo en la vida,
entra a la vida de Mia Magia.*

*Mia es la artista llamada Luna.
Magia es la curandera llamada Azul.*

Juntas forman:

Lunazul

*Lee y encontrarás como
lo que se cree dividido se une.*

*Verás que cada que Lunazul te mira,
cada que te miras al espejo.*

